

Rosario Green,
canciller de México (1998-2000)

La embajadora Rosario Green es licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y cuenta, además, con una maestría en Economía por El Colegio de México. Obtuvo una segunda maestría en Economía en la Universidad de Columbia (Nueva York), así como un certificado de estudios en el Instituto Latinoamericano de esa universidad. Adicionalmente, se diplomó en temas de integración económica en el Instituto para la Integración de América Latina (INTAL), con sede en Buenos Aires. En 1996 recibió un doctorado Honoris Causa en Ciencias Humanísticas de la Universidad de New Rochelle (Nueva York) y, en 1999, un doctorado Honoris Causa en Derecho de la Universidad de Tufts (Massachusetts).

Entre abril de 1994 y diciembre de 1996, la embajadora Green fue subsecretaria general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y miembro del gabinete del entonces secretario general Boutros Boutros-Ghali. Antes de incorporarse a las Naciones Unidas, Rosario Green se desempeñó como subsecretaria de Relaciones Exteriores; fue, además, embajadora de México ante el gobierno de la República Democrática Alemana.

Durante 1997 fungió como presidenta nacional de la Fundación Colosio, A.C. Ha sido, también, secretaria ejecutiva de la Comisión Nacional de Derechos Humanos; directora general del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE); directora ejecutiva de la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos de la Fundación Ford; representante de México ante el Banco Mundial; y funcionaria de la Misión de México ante los Organismos Internacionales con sede en Ginebra.

Además de ser una distinguida diplomática y funcionaria pública, Rosario Green cuenta con una larga carrera académica que incluye su labor como profesora e investigadora de El Colegio de México y la publicación de más de diez libros, varios de los cuales han sido traducidos al inglés, y más de cien artículos en diferentes idiomas sobre política exterior de México y de América Latina, así como sobre deuda externa. Ha sido también catedrática en la UNAM, en la Universidad Iberoamericana, donde fundó la carrera de Relaciones Internacionales, y en otras universidades del país y ha dictado numerosas conferencias en instituciones académicas en el extranjero. Fue directora de la revista Foro Internacional de El Colegio de México y fundó la Revista Mexicana de Política Exterior, de la SRE.

La embajadora Rosario Green fue senadora de la República en la pasada Legislatura (LVII), ante la cual solicitó licencia para ocupar el cargo de secretaria de Relaciones Exteriores durante la segunda mitad de la presente administración.

Por su desempeño, a lo largo de diversas etapas de su vida, ha sido condecorada por los gobiernos de Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, España, Francia, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, República Dominicana y Uruguay. Es miembro de la Academia Mexicana de Derecho Internacional y fundadora de la Academia Mexicana de Derechos Humanos. Obtuvo el galardón a la Mujer del Año 1998.

La entrevista a la embajadora Rosario Green (RG) fue realizada por la embajadora Roberta Lajous Vargas (RLV) en la ciudad de México, el 18 de septiembre del 2000.

RLV: A nombre del Instituto Matías Romero permítame agradecer esta entrevista para la Revista Mexicana de Política Exterior, publicación que usted conoce muy bien, no sólo por haberla fundado y dirigido por largo tiempo, sino por haber colaborado siempre con ella en forma entusiasta.

Dado que esta entrevista es para nuestra nueva sección "Memorias de la diplomacia mexicana", me gustaría comenzar con una pregunta relacionada con su vocación de internacionalista. Ya antes de asumir la titularidad de la SRE, en enero de 1998, usted era

conocida por su sólida preparación académica en relaciones internacionales y por su contribución al estudio de los fenómenos internacionales y de las relaciones de México con el exterior; no sólo a través de sus publicaciones sino mediante una amplia actividad docente. Por ello resultaría interesante para nuestros lectores conocer cómo surgió en usted esa vocación por las relaciones internacionales.

RG: Muchas gracias. Para empezar, quizás habría que decir que no crecí en la ciudad de México sino en una ciudad pequeña, Cuernavaca, considerada en aquella época una ciudad de provincia. Aunque existía una población flotante de gente del Distrito Federal, había un núcleo central, muy vinculado, en donde nos conocíamos todos.

En tanto que pequeña ciudad de provincia, Cuernavaca no abundaba en actividades culturales. Sin embargo, tenía una biblioteca municipal francamente buena. Como siempre fui una ávida lectora, me hice muy amiga de la bibliotecaria, creo que desde que estaba en la secundaria. Gracias a esa biblioteca tuve acceso a una enorme cantidad de posibilidades de abrir mis espacios mentales y culturales.

Debo señalar que mi familia tuvo, en ese aspecto, una gran influencia. Mi madre siempre ha sido una lectora infatigable, y también lo fue mi padre, así que el hábito de la lectura estaba inculcado desde el principio. El tener la biblioteca de la ciudad de Cuernavaca prácticamente a mi alcance, me permitió realizar infinidad de lecturas: leía muchísimas biografías, mucha historia y, por supuesto, muchas novelas.

Siempre estudié en instituciones académicas de carácter público. Mis padres creyeron firmemente en la necesidad de dar educación a sus cinco hijos, pero no tenían recursos para mandarnos a escuelas privadas, las cuales, por otro lado, no eran entonces tan comunes. Como creían en la educación como un factor de movilidad social indiscutible, se empeñaron en inculcarnos la vocación por la lectura, el estudio y el conocimiento. No teníamos la posibilidad de viajar porque éramos una familia de clase media más bien modesta, pero creo que viajé siempre con la imaginación, con el pensamiento, apoyada en mis lecturas, de forma tal que cuando llegué a la preparatoria, la decisión de estudiar una carrera que me

conectara con ese mundo que conocía por los libros o que imaginaba en mis propias fantasías, no fue difícil.

Decidí estudiar en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, la cual ya operaba en el sur de la ciudad de México. Tengo entendido que antes se encontraba en Mascarones, lo cual hubiera sido un poco más complicado, porque viniendo de una ciudad pequeña, donde todos nos conocíamos, a mi padre le daba cierta preocupación soltarme de pronto en la ciudad de México, ya que todavía no era posible mudar a la familia de Cuernavaca a México.

Así que cuando se abrió la carrera de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas de Ciudad Universitaria, me inscribí. Ahí comencé a tener un conocimiento más directo de los temas internacionales. Los primeros años consistían en un tronco común de estudios, un programa que todavía se mantiene; sólo en los últimos años se especializaba uno en la carrera escogida, las relaciones internacionales en mi caso. Ello me llevó a tener contacto con profesores de distintas extracciones, posiciones ideológicas e, incluso, de diferentes asideros institucionales.

Entre otros, tuve dos profesores extraordinarios de El Colegio de México: Mario Ojeda y Minerva Morales, ya fallecida. Así conocí también a Olga Pellicer, que era asistente del profesor que nos daba el curso de Organismos Internacionales, y por supuesto tuve acceso a una serie de gente de reconocido prestigio, como Víctor Flores Olea, Pablo González Casanova y Horacio Labastida, para mencionar sólo a algunos de los intelectuales que fortalecieron todavía más mi inclinación por la lectura, el estudio y el trabajo. Así, decidí tempranamente dedicarme a conocer más sobre estos temas.

Posteriormente se me abrió la oportunidad de hacer una maestría en Economía en El Colegio de México, institución en la que no existía, y de hecho todavía no existe, una maestría en Asuntos Internacionales. Como siempre he creído que hay una estrecha vinculación entre la política y la economía, sobre todo en el espacio internacional, solicité acceso a la maestría en Economía. Después de un examen rigurosísimo, fui aceptada.

Al terminar, don Daniel Cosío Villegas me aconsejó continuar mis estudios en esa materia. Así, escogimos —pues él me ayudó, me apoyó muchísimo— una universidad en Estados Unidos en la que al mismo tiempo que estudiara Economía pudiera traba-

jar los temas latinoamericanos que desde siempre me han interesado. Por ello, en la Universidad de Columbia, en Nueva York, hice otra maestría en Economía, además de que obtuve un certificado de estudios del Instituto Latinoamericano, el cual sigue siendo toda una institución en Columbia. Por encontrarse en Nueva York, sede de la ONU, el Instituto Latinoamericano siempre se ha visto beneficiado por las personalidades que pasan por esa organización internacional o que viven en esa ciudad porque se desempeñan como representantes permanentes de sus respectivas naciones ante la ONU.

Al término de mis estudios me incorporé como profesora-investigadora de tiempo completo en El Colegio de México. También volví a mi *alma mater*, la UNAM, e impartí clases en el doctorado en Ciencia Política de mi Facultad; situación insólita, ya que algunos de mis alumnos habían sido anteriormente mis profesores.

Víctor Urquidí, quien conocía mi deseo de vincular lo “internacional-político” con lo “internacional-económico”, me convenció de irme un año a Buenos Aires para estudiar en el INTAL el cual, por cierto, está próximo a cumplir 35 años de haber sido fundado. Se trataba de una oportunidad magnífica, un curso piloto de un año (que creo nunca antes se había intentado ni se volvió a repetir), el cual me permitió acercarme al problema de la integración económica, tema que me ha interesado siempre. Mi tesis de licenciatura en la UNAM versó sobre cuestiones de integración, al igual que mi tesis de maestría en la Universidad de Columbia. Mi tesis en la maestría en Economía de El Colegio de México analizó otra de mis inquietudes: la deuda externa. La experiencia en Argentina me abrió la posibilidad de estudiar la integración desde todos los puntos de vista: económico, político, jurídico, social y hasta cultural.

Mi vocación de internacionalista quedó así claramente apuntalada. Por un lado, en función de la preparación que fui obteniendo a lo largo de esos años. Por el otro, debido a que después de Buenos Aires, volví de nueva cuenta como profesora-investigadora a El Colegio de México, en donde me especialicé en la enseñanza de dos materias que me daban la posibilidad de vincular temas internacionales políticos y económicos. Estas dos materias eran “Problemas contemporáneos de América Latina” y “Economía internacional”.

RLV: *Tuve el privilegio de ser su alumna en el primer curso. Recuerdo muy bien a Rosario Green como una maestra con especial interés y vínculos académicos en América Latina, lo cual hoy en día parece algo fácil pero que, en ese momento, era algo muy novedoso. Usted viajaba constantemente a Brasil y a otros países para encontrarse con académicos de esa región...*

RG: Así es. Tenía mucho interés en el tema de la deuda externa, cuestión en la que de alguna manera y con toda modestia, me considero pionera desde el punto de vista académico. Aunque existía un libro sobre la deuda externa en el siglo XIX, publicado por el maestro Jan Bazant, no había nada sobre el siglo XX. A mí me pareció una veta importante, donde nuevamente lo político y lo económico se daban la mano, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Empecé a investigar y encontré que en Argentina, Brasil, Chile o Uruguay, otros académicos intentaban hacer de esta inquietud un tema formal de estudio.

Eran los años setenta, principios de los ochenta, una época en donde la crisis de la deuda externa latinoamericana se anunciaba ya, debido a su crecimiento desbordante. Las deudas externas de México y de Brasil eran exorbitantes, extraordinariamente elevadas. De alguna manera, los encuentros con los otros académicos me permitieron poner en perspectiva el tipo de investigación que deseaba realizar. Además, me ayudaron a crear una auténtica red —con la cual aún sigo en contacto— de gente interesada, desde la academia, en proponer a la sociedad tanto diagnósticos elaborados con toda honestidad y objetividad como propuestas de soluciones reales.

Escribí entonces algunos artículos, además de un libro, en donde sostenía que, por el camino del endeudamiento externo, México podía hipotecar su crecimiento. Lamentablemente así sucedió, pues siguió una época en la cual el grueso del esfuerzo económico de los mexicanos se dedicó a pagar los intereses de la deuda externa en lugar de financiar el crecimiento económico del país. Es más, a partir de un muy elevado servicio de la deuda externa, México se convirtió, paradójicamente, en un país exportador neto de capitales. Todo ello me fue confirmando mi vocación internacionalista, pero también mi vocación de servicio hacia

México. Deseaba contribuir, aunque fuera desde una tribuna académica, a alertar para resolver.

RLV: *Al poco tiempo vino su primera vinculación a la SRE... Usted ingresó al servicio exterior por invitación de Jorge Castañeda, según recuerdo.*

RG: Así fue. La primera vinculación tuvo que ver, efectivamente, en los años en los que Jorge Castañeda me invitó a trabajar con él en la Misión Permanente de México ante los Organismos Internacionales con sede en Ginebra. Era realmente muy joven, estaba recién casada. El entonces presidente Luis Echeverría nos había ofrecido a algunos jóvenes académicos que ni siquiera cumplíamos con el requisito de tener 30 años para ser embajadores de México, desempeñarnos como tales. Conocedor de mi vocación por América Latina, el presidente Echeverría me ofreció la titularidad de una embajada en algún país de América Latina. Me acababa de casar y mi compañero tenía el ofrecimiento de una beca para Europa, concretamente para Ginebra. Tomé entonces la decisión de explicar mi situación con toda transparencia al canciller Emilio O. Rabasa y después de algún tiempo y con el invaluable apoyo de amigos como Gustavo Petriccioli, en la Secretaría de Hacienda; José Gallástegui, en la SRE; y el respaldo del propio Jorge Castañeda, conseguíirme de primer secretario a Ginebra.

RLV: *O sea que se retrasó muchos años el nombramiento de embajadora...*

RG: Aunque se retrasó por largo tiempo, aprendí mucho trabajando con Jorge Castañeda, a quien había conocido como profesor en El Colegio de México. Él acababa de regresar, según recuerdo, de Egipto, donde había sido embajador; yo era, entonces, estudiante. Estaba interesada en combinar mis estudios latinoamericanos con un mayor conocimiento de África, pues consideraba, y sigo creyendo, que no se ha hecho lo suficiente para acercarnos a ese continente, por más que debo reconocer que de entonces a la fecha se ha avanzado considerablemente. Hemos buscado construir una política hacia esa región, lo cual no es fácil porque los recursos para el

ejercicio de la diplomacia son limitados y esto obliga a priorizar, a veces inclusive con criterios de meras distancias geográficas.

En todo caso, durante mi estancia en Ginebra trabajé muy de cerca, y con el altísimo grado de responsabilidad que me dio el embajador Castañeda, el tema de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Se trataba de una cuestión muy controvertida, por las confrontaciones que implicaba, pero hay que verlo en la óptica de los años setenta. En ese tiempo, la relación norte-sur era una eminentemente confrontacional, como lo era también la actualmente desaparecida este-oeste. Hoy, aunque persisten numerosos desencuentros entre el norte y el sur, se han creado nuevos lenguajes y mecanismos de comunicación entre ambas partes del mundo. Me da gusto ser parte de ese nuevo diálogo que busca hacer planteamientos importantes al margen de toda retórica. Ahora nos concentramos en tratar de sacar adelante acciones muy concretas y hemos ido imprimiendo, tanto a las organizaciones regionales como a las universales, características de mayor pragmatismo para poder pasar, tanto países como organismos, del discurso a las acciones concretas. Aunque falta mucho por hacer, creo que como comunidad internacional vamos en la dirección correcta.

RLV: *Después de su regreso a México, usted pasó algunos años en El Colegio de México y luego vino el primer nombramiento como embajadora de México en la República Democrática Alemana (RDA). Tuvo el privilegio de ser testigo presencial del fin de toda una época con la caída del Muro de Berlín. ¿Qué experiencia le dejó?*

RG: Debo aclarar que regresé por muchos años a El Colegio de México. Los primeros 14 años de mi vida profesional, aun si descontamos el par de años que pasé en Ginebra, fueron años de presencia y trabajo intensos en El Colegio de México, como lo muestran los numerosos artículos y libros que ahí publiqué...

RLV: *Y los alumnos que ahí formó...*

RG: También. Se trata, sin duda, de los años más sólidos de mi preparación. Fui directora de la revista *Foro Internacional*, di clases en varios de los centros de estudios de esa institución... En fin, creo que me involucré de manera intensa con la labor docente y

de investigación de El Colegio de México, lo cual me llevó a hacer un tránsito casi académico al sector público. Y aquí me gustaría destacar que, a veces, en México estas mudanzas no son siempre bien entendidas. En sociedades más maduras, el tránsito del sector público al académico, del académico al privado y de regreso, son cambios aceptables. Son consideradas formas en las cuales las personas crecen y pueden devolver a la sociedad lo que ésta ha invertido en su formación. Aquí, el tránsito hacia el sector público, por lo menos en esa época, no era necesariamente bien visto o comprendido. Yo tuve la oportunidad, como señalaba, de hacerlo de manera más amable, menos abrupta o menos distanciada del quehacer académico, porque lo primero que vine a hacer a la Cancillería, gracias al ofrecimiento del entonces secretario Bernardo Sepúlveda, fue dirigir el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos (IMRED), es decir, la Academia Diplomática de México. Hoy, la Academia Diplomática se encuentra incorporada al nuevo Instituto Matías Romero, dirigido (y bien dirigido) por la embajadora Lajous. Como siempre lo he señalado, en este, por así llamarlo, nuevo instituto, se trabaja el pasado a partir del estudio de nuestro Acervo Histórico Diplomático; se trabaja el presente a través del esfuerzo que se pone justamente en la formación de cuadros en la Academia Diplomática; y se trabaja el futuro a través del Programa de Investigación y Prospectiva Internacionales.

En aquel entonces el alcance del Instituto era más modesto pues se trataba básicamente, insisto, de una academia diplomática. Sin embargo, a mí me permitió ese acceso amable al sector público. Seguí siendo formadora de cuadros, seguí siendo profesora, seguí haciendo investigación. Y aunque me encontraba en el sector público, el IMRED estaba inmerso en el ámbito académico, buscando no repetir el currículum de los centros de educación superior donde se estudian las relaciones internacionales, sino poniendo el énfasis en la práctica. Así, la idea del IMRED era familiarizar a los estudiantes, egresados de universidades, con el quehacer diplomático y consular. Enseñarlos a afrontar experiencias difíciles como las visitas a mexicanos en cárceles en el extranjero; la repatriación de cadáveres; el auxilio a niños deportados, que eran dejados a cualquier hora a mitad de la franja fronteriza. Entrenarlos, también, en el arte de la negociación internacional y otras materias que no se daban en las universidades.

Tiempo después de dirigir el IMRED durante seis años, constituí un verdadero honor recibir el nombramiento de embajadora y poder servir a México como la última Jefa de Misión en la entonces RDA. Ahí me tocó vivir la extraordinaria experiencia de la desaparición del Muro de Berlín. También fui testigo de la consolidación de una voluntad germano-oriental de unificación, del voto por la unidad y de todo lo que ello significó. Creo que después de diez años de esa histórica decisión, la gran Alemania que se formó entonces se ha consolidado y es hoy un actor central en la Unión Europea (UE), importante socio de México. Me siento muy orgullosa de haber podido tener la experiencia tan formativa de ser la última embajadora de México ante la RDA.

RLV: Después de esa experiencia europea tan significativa, su regreso a la Cancillería se da a raíz de su nombramiento como subsecretaría para América Latina, Asuntos Culturales y de Cooperación Internacional. Se trataba de una nueva subsecretaría en la SRE, de un proyecto muy especial. ¿Cómo se desarrolló este trabajo?

RG: Se trató, sin duda, de un paso definitivo en la SRE. Durante los tres primeros años de la administración del entonces presidente Carlos Salinas, la Cancillería tenía una conformación ciertamente distinta. Los temas culturales eran desahogados prácticamente por cada una de las subsecretarías existentes, al igual que se hacía en lo referente a los temas de cooperación internacional. Con respecto a América Latina, sin que yo diga que se trataba de un área relegada, se trabajaba de manera no necesariamente sistemática. América Latina era vista como parte de un área grande que se llamaba “resto del mundo”, o como parte de “Las Américas”; de alguna manera quedaba siempre en el marco de un país o de un grupo de países con los que debía competir.

Cuando era vista como parte de Las Américas, la gravitación de Estados Unidos hacía que este país absorbiera la mayor atención y los mayores recursos. Cuando se le veía dentro del “resto del mundo”, era la UE, que ya se empezaba a perfilar como una potencia de gran rivalidad en un mundo que se iba conformando cada vez más como uno de bloques, la que pesaba más. Así, cuando el entonces presidente Salinas y el canciller Fernando Solana me invitaron

a asumir una subsecretaría en la SRE, me dio muchísimo gusto que se reconocieran dos cosas: primero que nada, la importancia de la región latinoamericana como una prioridad de la política exterior mexicana, al crearse una subsecretaría para tratar exclusivamente con los países de América Latina; y segundo, que mi trayectoria latinoamericana les hubiera llevado a decidir que ahí debía servir.

Los temas culturales y de cooperación fueron muy importantes, porque permitieron ir afinando mecanismos de apoyo a países más vulnerables en América Latina. Por ejemplo, se tomó entonces una decisión extraordinaria: manejar la cooperación con Centroamérica a través de un mecanismo *ad-hoc*, denominado Comisión para la Cooperación con Centroamérica, a cuyo marco de operación hoy hemos añadido a los países del Caribe. También se sentaron las bases para alcanzar un concepto que en la actualidad se maneja de manera muy fluida: Mesoamérica. Es decir, un término en el que México se vincula con un conjunto de naciones, las de la “mitad de Las Américas”, por así decirlo, y en el que además del nuestro se incluye a los cinco países centroamericanos, a Panamá y a Belice. Gracias a este concepto, hoy se encuentran unidas ocho naciones, grupo que puede crecer al incorporarse otros países de habla española del Caribe.

Se trata, en última instancia, del reconocimiento de que, además de América del Norte y América del Sur, existe una entidad cultural que es esta “América de en medio”, Mesoamérica. En esta entidad cultural, lo maya nos vincula y comunica a prácticamente todos los mesoamericanos de la península yucateca, Belice y Centroamérica. Hay en esta unidad cultural una manera de percibir al universo que no tiene nada que ver con la geografía y sí con las raíces comunes que en un momento determinado nos nutrieron como colectivo. Por ello, entre los avances que vamos a entregar a la próxima administración está la recuperación del concepto de esta nueva Mesoamérica, integrada ya en un mecanismo, el de Tuxtla, que acaba de celebrar su tercera Cumbre. En esta reunión, celebrada en la ciudad de Guatemala, se reconoció y honró la existencia de un conjunto de vinculaciones muy importantes entre estos ocho países soberanos e independientes que compartimos un pasado común y la visión de un futuro promisorio.

RLV: *Después de esta extraordinaria experiencia como subsecretaria para América Latina vino nuevamente una experiencia que podríamos calificar como "global", su paso como subsecretaria general de la ONU. ¿Qué enseñanzas le dejó esa etapa?*

RG: Creo que fueron tres años muy importantes en mi vida. Para empezar, se trataba de una experiencia totalmente diferente a lo que había realizado hasta entonces. Ya había tenido la fortuna de servir a México en el exterior; siendo muy joven, en Ginebra; y años después, como embajadora en Berlín Oriental, lugar en donde, si bien las circunstancias históricas de la RDA no me permitieron estar mucho tiempo, encontré una atalaya muy importante para asomarme al increíble acontecer mundial de esa época. También tenía en mi haber una vieja vinculación con el Sistema de las Naciones Unidas y sus organismos pues, por un lado, por varios años fui asesora externa de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, con sede en Viena, Austria y, por el otro, durante prácticamente un año, trabajé en el Banco Mundial en la ciudad de Washington como representante de México en la silla que en esa institución compartimos con España, Centroamérica y Venezuela.

Sin embargo, incorporarme como subsecretaria general de la máxima organización mundial con sede en Nueva York fue una experiencia extraordinaria. Debo destacar varios hechos importantes. En primer lugar, la oportunidad de trabajar con un internacionalista que tenía, y tiene, un gran prestigio académico a nivel mundial, el doctor Boutros Boutros-Ghali. En segundo, que se trataba de la primera ocasión en que un mexicano o mexicana ocupaba una posición tan elevada en el sistema de la ONU. En tercero, que no solamente fui subsecretaria general encargada de los Asuntos Políticos de Las Américas, Europa y Asia-Pacífico, sino que, al cabo de unos meses, Boutros-Ghali me incorporó a su gabinete; ésta fue, sin duda, una distinción adicional. Finalmente, en tanto que subsecretaria general y miembro del gabinete del doctor Boutros-Ghali, pude volver a ocuparme de los temas que siempre me quedaron muy cerca del corazón: América Latina y otros que me resultaron fundamentales, como fueron los de la mujer, los derechos humanos y las organizaciones no gubernamentales (ONG).

El conocimiento y manejo de estos tres asuntos concretos, quizás los más difíciles en mi vida profesional, completó mi formación no sólo como académica sino también como diplomática contemporánea, en particular porque son temas difíciles, tradicionalmente controvertidos, en los cuales fácilmente se cae en algún tipo de discusión que puede tornarse agria con quienes no están necesariamente de acuerdo en su trascendencia.

Por ejemplo, en lo que toca a los temas vinculados con la mujer, aunque se han venido tratando desde hace varias décadas a nivel de conferencias internacionales —de hecho la primera se celebró en la ciudad de México, en 1975—, siguen existiendo brechas y desencuentros entre diversos sectores y distintas sociedades, y ésa es una realidad que hay que enfrentar. A mí me tocó participar en los preparativos de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en 1995 en Beijing. Trabajé con los países para asegurarme que la ONU cumpliera con su cometido en tanto que agente facilitador del encuentro, porque eso es lo que hace fundamentalmente la organización mundial. Lamentablemente no me tocó abrir la conferencia porque, rumbo a China, tuve un accidente en Lisboa (me rompí en infinitos pedazos un pie), lo cual me obligó a volver a Nueva York para ser operada de emergencia. En todo caso, seguí con detalle el desarrollo de la Conferencia de Beijing y sus resultados. Me convertí, entonces, en la vocera oficial del secretario general de la ONU para los temas vinculados con la mujer y en puente de enlace con diferentes grupos y posturas.

Lo mismo sucedió en el caso de las ONG, las cuales son, sin duda, un importante vehículo de transmisión de demandas de sectores de la sociedad civil, por lo que tienen que ser escuchadas y atendidas por la ONU. A pesar de ello, su labor no siempre ha sido bien recibida por algunos gobiernos o por otras ONG. De hecho, a pesar de que habían iniciado su vida en la ONU en el edificio principal de la sede de la organización, las ONG habían sido sacadas de ahí por razones de falta de espacio. Por ello existía una especie de resentimiento, sobre todo por parte del conjunto de organizaciones que gozan del estatuto consultivo del Consejo Económico y Social, y a las cuales se les había trasladado a un edificio alterno que, además, ya se había vendido. Esto hacía que no tuvieran muy claro cuál iba a ser su alojamiento en el futuro y se sintieran, por ello,

amenazadas y disgustadas. Boutros-Ghali, hombre consciente de la importancia de la sociedad civil —no sólo de las ONG sino también del papel que desempeñan parlamentarios, empresarios, medios de comunicación, institutos de reflexión, etcétera—, me dio la difícil tarea de buscar el espacio necesario, tanto físico como de ánimo, para regresar al edificio principal a las ONG. Por fortuna lo logré antes de que concluyera su mandato.

El tema de los derechos humanos me resultó también muy importante. En primer lugar, porque yo había sido secretaria ejecutiva de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, creada por el entonces presidente Salinas y presidida en aquel tiempo por el doctor Jorge Carpizo. Mi responsabilidad había sido la de llevar a esa Comisión Nacional toda la experiencia internacional de los *ombudsman* del mundo a fin de que ésta se convirtiera en una institución cada vez más sólida. Tenía, también, el deber de dar a conocer internacionalmente a nuestra recién nacida institución y lograr que fuera cada vez más creíble. Al frente de esa responsabilidad en México aprendí mucho y pude ponerlo en práctica cuando, entre los temas del portafolio que me dio Boutros-Ghali, el de los derechos humanos estaba presente como uno de estos aspectos a ser atendidos.

Todo lo anterior completó mi formación académica, porque obviamente tuve mucho que aprender, pero sobre todo mi formación como diplomática contemporánea, consciente de que la sociedad civil juega un papel importante, de que los derechos humanos hoy están en cualquier agenda nacional e internacional y de que las mujeres somos, por lo menos, la mitad de la población mundial y estamos llamadas a ocupar posiciones cada vez más destacadas, para lo cual debemos desarrollar redes solidarias de apoyo entre unas y otras a fin de que, eventualmente, ya no tengamos que hablar de enfoque de género, sino que la cuestión de la igualdad esté perfectamente asimilada.

RLV: *Con toda esta experiencia internacional en los ámbitos académico y diplomático, así como en el campo de la política internacional como funcionaria internacional, ¿cómo se sintió al llegar a ocupar el puesto de canciller de México y, en particular, de ser la primera mujer que lo hacía?*

RG: Creo que fue verdaderamente el *summum* de todo lo que en términos profesionales pude jamás esperar. Fue la realización del sueño que nunca me atreví a soñar. La idea que coloqué en esa parte de mi cabeza con la que trato de nunca pensar; ahí donde uno guarda la ilusión, la esperanza, la expectativa, el ideal más caro, máspreciado, el que no se confiesa.

Cuando el entonces canciller asumió la titularidad de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y el presidente Zedillo informó a la opinión pública que en un par de días anunciaría su decisión acerca de quién tomaría el mando en la Cancillería, me dio un vuelco el corazón. Yo me encontraba al frente de la Fundación Colosio y era, al mismo tiempo, senadora de la República. Estaba muy contenta con mi trabajo. Sin embargo, cuando me habló el presidente de la República para comunicarme su decisión, prácticamente quedé sin habla. En realidad aún no encuentro las palabras para describir lo que sentí en ese momento tan excepcional y lo que sigo sintiendo ahora, como no sea en términos de una experiencia muy personal y muy íntima, como la maternidad. Después de ser madre, que es lo mejor que ha sucedido en mi vida, dos veces por cierto, el nombramiento de canciller de México constituye la otra experiencia personal que más me ha satisfecho y cuyo impacto en mi existencia me cuesta siempre mucho trabajo verbalizar.

Para empezar, debo señalar que me sentí extraordinariamente honrada, muy orgullosa de que el señor presidente pudiera pensar en mí para ocupar la titularidad de la SRE. No tengo palabras para agradecerle la confianza que depositó en mí. En segundo lugar, sentí una enorme responsabilidad, no sólo por el puesto, sino por ser la primera mujer en ese cargo. Pensé que los ojos de mis colegas mujeres iban a estar siempre sobre mí, como en realidad ha sucedido. Sin embargo, para fortuna mía, también ha existido una enorme solidaridad de parte de las mujeres en el Congreso, en la Cancillería, tanto en México como en el exterior, en donde fungen como embajadoras o como funcionarias de nuestras embajadas y consulados. Sentí también el apoyo de mis colegas mujeres en el gabinete, legal y ampliado, lo cual no quiere decir que no lo haya recibido igualmente de mis colegas varones, pero me estoy refiriendo a algo muy especial: el mundo de las mujeres y la solidaridad de la que somos capaces, aunque sé que hay quienes dudan

de que ésta exista o se dé. Por eso mi personal testimonio y agradecimiento a las mujeres. Lo mismo que a otras colegas ministras y secretarías de Relaciones Exteriores de otros países, grupo que hoy congrega a quince mujeres y que se reúne anualmente en el ámbito de la ONU, convocado por Madeleine Albright.

Para un internacionalista, llegar a la Cancillería de México es algo realmente extraordinario. Para mí ha sido, además, una experiencia inolvidable que constituye, al mismo tiempo, la culminación de un trabajo arduo que duró largos años y que me llevó a recorrer la escala: directora general, subsecretaria, secretaria de Relaciones Exteriores. Una responsabilidad que día a día me proporciona la posibilidad de hacer cosas nuevas, la posibilidad de crecer. Creo que los trabajos que le dan a uno esa posibilidad son, sin duda, los más valiosos. Aunque se trate del trabajo más importante del mundo, si uno no siente que crece con él quizás no es el mejor trabajo para uno. En estos tres años que me ha tocado dirigir la Cancillería, creo que crecí como persona, además de aprender mucho de mis colegas y de intentar imprimir a la SRE un sello que, sin separarse de las instrucciones recibidas, las llevara hasta sus últimas consecuencias. Cumplí las instrucciones del presidente de la República, trabajé para el servicio exterior pero, sobre todo y con modestia, creo que serví a México.

En la Cancillería existe un servicio civil de carrera. De hecho se trata del único servicio civil de carrera de la administración pública. Esto hace de la SRE una entidad especial. Por ello realicé cuanto esfuerzo estuvo a mi alcance para trabajar a favor de los funcionarios de carrera. Así, el señor presidente ascendió 14 ministros a embajadores, teniendo en consideración sus méritos. Logramos que 414 funcionarios de distintos niveles ascendieran a una categoría superior, por riguroso concurso. Logramos que se incorporaran 137 nuevos miembros a la carrera, a partir de cuatro concursos de ingreso. Fortalecimos el Instituto Matías Romero, en cuyo seno se forman y actualizan los cuadros del Servicio Exterior Mexicano. Creamos, con recursos existentes, el Instituto Mexicano de Cooperación Internacional para hacer que la cooperación sea, además de un ejercicio regional, un auténtico instrumento de política exterior a nivel global, tal y como lo consagra la fracción X

del artículo 89 constitucional. Y volvimos a una división más equilibrada en términos de las responsabilidades de las tres subsecretarías al asignárseles, a una, América del Norte y Europa; a otra América Latina y Asia-Pacífico; y a otra más, Naciones Unidas, África y Medio Oriente.

RLV: Embajadora, si tratáramos de resumir cuáles han sido, en materia política, los logros de esta administración en materia internacional, ¿cómo podríamos describir aquellos logros en materia bilateral y después en materia multilateral, por seguir un orden?

RG: Creo que los logros bilaterales quizás más importantes tienen que ver con la institucionalización de nuestras relaciones internacionales. No quiero decir con esto que en el pasado no había nada. Lo que pasa es que, como todo en la vida, el avance es siempre incremental y en estos seis años de gobierno del presidente Zedillo pudimos institucionalizar, a partir de lo que ya se había hecho en el pasado, las relaciones de México con el exterior. ¿De qué manera? Bueno, por una parte creamos mecanismos de diálogo político y concertación en el ámbito bilateral. Por la otra, en los casos donde ya existían, los fortalecimos y actualizamos, dándoles un seguimiento muy constante.

Por ejemplo, sin duda nuestro vecino al norte ha ocupado una buena parte del quehacer diplomático ahora, en el pasado y lo seguirá haciendo en el futuro. Es, después de todo, el país más poderoso de la Tierra. Pero es un hecho que, en los últimos años, las relaciones con Estados Unidos se institucionalizaron más todavía. Se fortaleció la Comisión Binacional, que se reúne anualmente, y se creó una serie de grupos de trabajo que nos permiten, si no resolver totalmente los problemas, sí empezar a discutirlos, sin confrontaciones innecesarias. Tal es el caso de la cooperación para la lucha contra el narcotráfico; de la necesaria y obligada cooperación para resolver el tema migratorio; de la solución coordinada a los problemas vinculados con la franja fronteriza, como el combate al surgimiento de enfermedades que creíamos erradicadas, especialmente los brotes de tuberculosis a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos. En otros temas, como los incendios forestales, de la misma manera que hemos recibido asistencia estadounidense,

hemos sido capaces de apoyar a esa nación cuando ha enfrentado, en el sur de su territorio, siniestros de este tipo.

Pero, además, no solamente hemos logrado institucionalizar estas relaciones a partir de la creación de grupos de trabajo, de discusión y de búsqueda de soluciones, sino que hemos alcanzado una situación en la cual podemos estar en desacuerdo en el tratamiento de un determinado problema o tener una relación conflictiva en un determinado aspecto, y sin embargo no permitimos que se contamine el resto de la agenda; al contrario, nos empeñamos en que ésta siga funcionando mientras buscamos resolver el desacuerdo o el desencuentro. En suma, hemos llegado a la conclusión de que se puede estar en desacuerdo y que se debe inclusive estar en desacuerdo sobre temas concretos, pero que esto puede y debe ser manejado en forma que permita seguir trabajando constructivamente. El acuerdo para disentir entre vecinos, socios y amigos es fundamental, como lo es también contar con mecanismos de alerta temprana que nos permitan notificarnos mutuamente acerca del surgimiento de un problema y de nuestros planes para resolverlo a fin de que cuando lo hagamos desde perspectivas distintas, lo que sucede con más frecuencia de lo que uno pudiera imaginar, se entiendan los enfoques de una y otra nación; se discutan e incluso se apliquen sin que esto dé lugar a un choque o a un conflicto, como sucedía en el pasado.

Con Canadá se construye, igualmente, una relación también muy importante, basada justamente en la creación de este tipo de mecanismos con estructura y periodicidad. De igual modo, con América Latina hemos alcanzado ya una relación muy institucionalizada, que tiene una significativa aspiración comercial y financiera, pero que va mucho más allá, pues está caracterizada por un trabajo político de gran intensidad. En este sentido, el fortalecimiento del Grupo de Río ha sido extraordinario. Con base en él, los presidentes y los cancilleres de América Latina se mantienen en permanente contacto. Esto permite compartir puntos de vista, información y, a menudo, posiciones frente a temas internacionales o regionales.

Con Europa, además de trabajar significativos acuerdos comerciales o de inversiones, se intensifica el diálogo político y la cooperación internacional. Esto es especialmente cierto en el caso de la UE, entidad que reúne a quince países del viejo con-

tinente¹ y con la cual se ha logrado un acuerdo muy completo en materia de concertación política, asociación económica y cooperación, mismo que entró en vigor en su totalidad el pasado primero de octubre, habiendo comenzado a operar su capítulo comercial incluso meses antes, el primero de julio.

Por todo lo anterior, es difícil aceptar los argumentos que pretenden señalar que ha habido una subordinación de la política exterior a la política comercial. En realidad, se ha tratado de un todo integral y lo que ha habido, en todo caso, es un trabajo conjunto de diversas dependencias gubernamentales, bajo la instrucción de un mandatario que como el presidente Zedillo estableció prioridades claras. Cuando el presidente señaló que diéramos atención a Europa, atención a América Latina, atención a nuestros socios en el norte de Las Américas, se refería a una atención integral. Una atención que buscara el comercio y la inversión pero que, con igual intensidad, promoviera el diálogo político, la concertación, los mecanismos de encuentro, la proyección de nuestros valores e identidad, la cooperación científica, técnica, educativa y cultural.

De ahí mi convicción de que el principal logro de la política exterior en el ámbito de lo bilateral sea el fortalecimiento de la capacidad de la Cancillería para institucionalizar las relaciones de México con otros países, dejando con ello un legado importante de temas concluidos y caminos recorridos. Creo que a partir de esto México contará con una plataforma más firme para lanzar cualquier nuevo proyecto. Una plataforma construida a partir de un esfuerzo importante, de un trabajo conjunto, de un trabajo colectivo para servir a los intereses de México y salvaguardar los principios con los que nuestro país se relaciona con el resto del mundo.

En lo que se refiere al ámbito multilateral, estoy cierta de que uno de los principales logros de la política exterior mexicana radica en que la voz de México sigue resonando, y resonando fuerte, tanto en foros universales como la ONU, como en foros regionales, como la OEA. México ha sido siempre, por ejemplo, promotor de temas que tienen que ver con el desarme, incluso en momentos en que, como sucedió cuando cayó el Muro de Berlín, se llegó a pensar

¹ Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal, Reino Unido y Suecia.

que los arsenales atómicos habían desaparecido como por arte de magia. Aún entonces México seguía insistiendo en el tema y, por ello, junto con otros siete países lanzó la nueva agenda de desarme que hoy convoca a un gran número de países que apoyan la resolución de la ONU que busca un mundo libre de armas nucleares. Pero México no sólo ha sido un enérgico promotor del tema del desarme nuclear. También ha hecho oír su voz sobre cuestiones como las armas pequeñas, que no por ser de menor calibre son menos corrosivas y letales, incluidas las minas antipersonal.

Además, México ha seguido aportando en los asuntos que tienen que ver con la infancia, con las mujeres y con otros grupos poblacionales especialmente vulnerables. Igualmente, México ha continuado trabajando en cuestiones como el medio ambiente o los derechos humanos, en donde ha demostrado coherencia, comprometiéndose internacionalmente con aspectos fundamentales en la materia. Así, por ejemplo, la aceptación de la Jurisdicción Obligatoria de la Corte de San José fue un paso fundamental a favor de la protección, promoción y defensa de los derechos humanos. De la misma manera lo fue la firma reciente del estatuto de la Corte Penal Internacional, *ad referendum*, a fin de permitir que primero se hagan las reformas constitucionales necesarias y después pase al Senado para su consideración. Otro logro igualmente importante fue la adopción de la Convención del Estatuto sobre refugiados y la de su Protocolo adicional. La ratificación de la Convención de las Naciones Unidas para la protección de los derechos de los trabajadores migratorios y sus familiares y otros instrumentos internacionales firmados y ratificados por México testimonian la congruencia de nuestro país en el tema de los derechos humanos, y establecen claramente la ruta que hay que seguir para continuar avanzando en esa dirección.

En materia de drogas, todo el trabajo que México ha realizado multilateralmente, tanto en foros universales como regionales, es igualmente de la mayor importancia. En 1998, por ejemplo, México convocó a una reunión especial de la ONU para discutir el tema y en ella se aceptó, por primera vez, la integralidad del fenómeno. Es decir, se reconoció que tan grave es la oferta como la demanda; tan grave el tráfico ilícito de armas, que va justamente a fortalecer a los cárteles de la droga, como el lavado de dinero; tan grave la producción de precursores químicos como cualquier otra

actividad ilícita vinculada con el terrible crimen transnacional del narcotráfico.

En el ámbito regional, México ha buscado combatir la certificación unilateral de Estados Unidos a partir del lanzamiento de un mecanismo multilateral que hoy es una realidad, pues oficialmente empezó sus trabajos a principios de año. Se trata del Mecanismo de Evaluación Multilateral de la OEA, donde nuestro experto gubernamental es el doctor Guillermo Soberón y en cuyo ámbito se darán a conocer próximamente los primeros informes sobre cada uno de los 33 países miembros del mecanismo. Habría que destacar que buena parte de este avance es atribuible al tesón de México, al esfuerzo de su política exterior y a la firmeza con la que su voz resuena y se escucha en los foros multilaterales.

Creo que cuando se pone en duda que México tiene una política exterior activa, se adopta una actitud más bien de carácter ideológico. Como titular de la Cancillería me sorprende la pregunta porque día a día constato y damos pruebas de que México tiene una política exterior activa, tanto bilateral como multilateralmente; de que México tiene intereses de todo tipo y de que la política exterior mexicana refleja el conjunto de esos intereses: intereses comerciales, intereses de inversión, intereses turísticos, intereses de un medio ambiente sano, intereses diplomáticos exclusivamente, intereses de protección consular, intereses culturales, intereses de cooperación, y, yo diría, intereses de diálogo político y concertación. Y de que todos estos intereses se proyectan en el quehacer internacional de México como un todo integral, como un conjunto en el que sus partes son igualmente importantes porque se busca con ellas servir a México y a los mexicanos.

De ahí que decir que porque tenemos acuerdos de libre comercio con 27 naciones del mundo² la política exterior de México se “mercantilizó”, me parezca una manera muy parcial de ver el tema. Creo que la actuación internacional de México hay que apreciarla en su integralidad y en el conjunto de sus éxitos, que los

² Alemania, Austria, Bélgica, Bolivia, Canadá, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, El Salvador, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Guatemala, Honduras, Irlanda, Israel, Italia, Luxemburgo, Nicaragua, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia y Venezuela.

ha habido tanto en lo comercial como en lo referente a inversiones; que los ha habido también en materia de acciones propositivas y recomendaciones de avanzada en el ámbito de los organismos multilaterales, regionales o universales; que los ha habido igualmente en sus relaciones políticas con países concretos, con sus vecinos al norte, con sus vecinos al sur, con sus amigos europeos, con aquéllos ubicados en el Pacífico Asiático, en fin, con todas las naciones del mundo con las que México mantiene relaciones amistosas y respetuosas. No sería justo reducir el quehacer internacional de México a un aspecto determinado sólo porque, en un momento dado, se lee más acerca de un tipo de acción en los medios de comunicación que acerca de otra. Persistir en esta óptica sería, en mi opinión, una manera ciega o, al menos, miope o limitada de ver y entender el trabajo internacional de México.

Es pues necesario reiterar que el quehacer internacional de México ha sido integral y coherente. Ha tenido un director, el presidente Zedillo, y ha encontrado una expresión concreta en el conjunto de acciones internacionales que hoy conforman la agenda exterior de México, donde encuentran su sitio el comercio, la inversión, la cultura, la cooperación, el diálogo político, la concertación. Es una integralidad, un conjunto que no puede verse como fraccionado o como integrado por compartimentos estancos. No es ésta una percepción realista, y menos hoy, cuando vivimos una era de globalización en la que ya no podemos hablar de norte, sur, este y oeste como regiones separadas, a la manera de antaño. Por ello resulta obligado insistir en la necesidad de entender la proyección internacional de México como la expresión de un todo armónico, con dirección y rumbo, porque va tras intereses nacionales que encuentran respaldo en principios constitucionales.

Me parece que esta aseveración nos regresa, de alguna manera, al inicio de nuestra conversación, cuando señalaba mi plena convicción de que lo económico y lo político son dos caras de la misma moneda, como lo son lo nacional y lo internacional. Es importante que nos entrenemos como funcionarios públicos, y que entrenemos a la opinión pública en general, a entender que la actuación internacional de México no puede quedar constreñida a un campo o a otro. Tiene que verse en su conjunto, como un todo integrado.

RLV: *Muchas gracias, embajadora. ¿Qué mensaje le gustaría dejar a los jóvenes diplomáticos?*

RG: El mensaje de la perseverancia; el mensaje de la obligación autoimpuesta de seguirse capacitando, de no conformarse con un título académico, de pensar que la formación, la preparación, es una práctica cotidiana y tan permanente como el continuar respirando.

Creo que al joven internacionalista que se recibe, que viene al Instituto Matías Romero, que se hace diplomático, que tiene una primera misión, generalmente difícil, y que sigue una carrera que eventualmente culmina con el grado de embajador —que es ciertamente un nombramiento político, pues lo otorga el presidente de la República, como lo señala la fracción III del artículo 89 constitucional—, le diría que debe insistir en el conocimiento de la realidad nacional y de la realidad internacional. Debe estar cada vez mejor informado, mantenerse siempre al día, continuar sus lecturas, conocer cada vez más acerca de todo lo que es importante para su ejercicio profesional. Debe estar consciente de que tendrá arduos trabajos pero, en general, muy satisfactorios; destinos quizá difíciles, pero sin duda interesantes. Debe saber, sobre todo, ponerse la camiseta de México en todo momento. Cuando uno está dentro o fuera del país, trabajando para la Cancillería, trabajando para el quehacer internacional de México, trabajando para su política exterior, uno lo hace en nombre de México, no en nombre de algo que patrimonialmente piensa que le pertenece. Así, el joven estudiante, o el joven egresado, o el joven diplomático, tiene que plantearse frente a sí el mundo entero, un mundo donde puede aprender, donde puede enseñar también, pero donde tiene la obligación de servir a México y servirlo con la cabeza en alto; de servirlo pensando que no importa la adscripción que le haya tocado a uno porque siempre será un magnífico destino servir a México. Siempre será un honor extraordinario.
